



Vaya apuntando
en este espacio
lo que hará con

50.000.000
cincuenta millones de pesetas

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Total 50.000.000

Lotería de la Cruz Roja
En su tradicional sorteo 5 de Junio Madrid

Muy escaso público en el salón de actos del Colegio Mayor Chaminade. Público de «élite», dicho sea sin ironía. Un sector del progresismo profesoral: Luis Sanmiguel y Pedro de Vega, Gimeno y Mario Gaviria, Eloy Terrón y Rodrigo Uria, Jesús Ibáñez y Jesús Aguirre, Santamaría y Cuadrado... Y algún estudiante de sociología. Y, naturalmente, José Vidal Benito, promotor de tantas cosas importantes. De ésta también.

Edgar Morin, indumentaria de «sport», cartera asida al muslo izquierdo al estilo del Oeste, el poco pelo revuelto, movimientos desenfados. Se sienta en el piso, al borde del estrado, las piernas colgantes, a la manera contestataria. En una butaca, como oyente, Johanne Morin, también, seguro, en la nómina de la contestación.

Morin habla un francés transparente, marcando las palabras en busca de todos los oídos de la sala. Además está a su lado Vidal Benito duplicando la charla y hasta enriqueciéndola con sus opiniones personales, no siempre en concordancia con las del sociólogo parisiense. Al final, el diálogo es reñido, casi conflictivo, a través de contradicciones radicales. El desarrollo de ambos temas —el análisis del acontecimiento en el proceso histórico sobre dos ejemplos (los dos mayos de París), y las relaciones biología-sociología— en dos días sucesivos, desencadena una larga discusión que se prolonga a la hora de la cena, en Gambirinus y en Las Cruzadas. A Morin se le llama irracionalista; él piensa que sus oponentes son dogmáticos, pero no lo dice. No lo dice en público. Por lo demás, no hubiera tenido motivos para decirlo. A él, sin embargo, se le podría llamar revisionista si la palabra no estuviera tan politizada, si su empleo no fuera tan intolerablemente abusivo, si no tuviera connotaciones peyorativas y hasta denigratorias. Morin es un sociólogo que va por libre, aunque haya recibido de su pasado activo un legado ideológico y sobre todo metodológico muy concreto. Ha participado en la lucha partidista y resistencial de 1941 a 1951. Después se fue a su casa. A la Universidad, a la editorial, a la revista. A trabajar en su oficio: de la mano de Morin entraron en Francia Karl Korsch y el primer Lucaks, Adorno y Horkheimer, toda la escuela de Frankfurt.

Ahora llega del mismo corazón de las turbulencias estudiantiles norteamericanas: la Universidad californiana de La Jolla, donde ha dado un curso de sociología a lo largo de seis meses. Allí está, allí profesa su amigo Herbert Marcuse

(«el viejo más joven de cuantos conozco»), al que se siente vinculado no solamente por razones personales.

Morin es hombre de «campus», sweater, chaqueta de cuero y discoteca hasta la hora de cierre; odia la gravedad pedante y las costumbres estiradas. No le importa, seguro, que le llamen frívolo los sedudos varones.

Su preocupación actual reside en el estudio del «mayo» francés, del que parte —asi como del mayo de 1958 (De Gaulle, Argella)— para analizar el papel del acontecimiento en el curso de las crisis históricas.

Mientras tomamos café charla sobre este tema; también sobre «la muerte del hombre» por decreto de los estructuralistas, sobre la situación del intelectual en la nueva industria cultural, sobre los estudiantes.

—En uno y otro lado, desde la sociología oficial, académica, y desde lo que denomino «la vulgata» marxista, se ha intentado una operación de silenciamento, el arranque de un proceso de amnesia capaz de disolver el significado de los hechos de mayo. Por una parte se los ha visto como un puro desorden sin ningún sentido, como un estallido incontrolado para el que sólo podía haber la represión. Por otro ha existido la tendencia a forzar la entrada de aquel acontecimiento en el proceso histórico, liquidando su originalidad y disminuyendo el papel desempeñado por los estudiantes. Otros, de esta misma parte, lo han interpretado simplemente como una tentativa clásica de carácter revolucionario que fracasó. No han visto que fue un acontecimiento imprevisto, un hecho nuevo que no puede explicarse con los esquemas clásicos, con rasgos político-sociales propios, específicos. Se ha querido ignorar la importancia al respecto del movimiento «Veintidós de marzo», la imprevisible particularidad del nacimiento y el desarrollo de los hechos.

En uno de los coloquios celebrados en Madrid se reprochó a Edgar Morin que concediera un papel excesivo al azar, que tratara de extraer el acontecimiento a un intento totalizador, dialéctico.

—Creo —me dice— que se cae en el idealismo, dentro de la tradición hegeliana, cuando se quiere ver el desarrollo histórico y social como un proceso claro, evidente, sin imprevistos. Se puede emplear el concepto «freudiano» de racionalización para explicar esto. Todo lo que acontece dentro del discu-



Edgar Morin, entre su esposa, Johanna, y el productor de «Hiroshima mon amour», Anatole Danman.

EDGAR MORIN: DESDE "MAYO" HASTA "LA MUERTE DEL HOMBRE"

El papel de la «intelligentsia» ● Combinaciones de tipo nuevo ● La juventud como categoría sociológica ● La lucha entre el conformismo y la invención

rrir de los hechos es justo, integrable, transparente. Para los que se sirven de este método no hay opacidad en lo real, no juegan la suerte, ni la casualidad, ni el azar. Ignoran que hay hechos de muy difícil integración. Que la realidad ofrece resistencia y debemos luchar contra esa resistencia.

Le pregunto a Morin por la traducción de su crítica al plano político puro, es decir, a las distintas tomas de posición durante los acontecimientos de mayo.

—Sobre «mayo» incidieron los condicionamientos de la política internacional. La estrategia de los bloques, la coexistencia pacífica, el equilibrio del terror, como usted quiera llamarle. Las más poderosas

organizaciones de la izquierda analizaron la situación en esta perspectiva. Si en Francia se produjera un cambio socio-político de importancia, intervendrían con toda seguridad las fuerzas militares atlántico-americanas. Esto es lo que se llama realismo en política. Usted sabe que desde el Frente Popular, o mejor desde el fascismo de Vichy, se han registrado muchos momentos en que los hechos exigían una opción. Sabe también el resultado.

—Entonces todo cambio parece imposible, al menos en un futuro inmediato.

—No habrá cambio si tal perspectiva se mantiene, siempre que el origen del mismo y la fuerza para lle-

varlo a cabo provengan de esas organizaciones que movilizan al pueblo y a la vez lo inmovilizan. No entienden ni admiten los acontecimientos incontrolados, súbitos, nacidos al margen de su esquematización.

Cabe preguntarse qué papel les corresponde en este contexto a la «intelligentsia», a la Universidad, a la juventud. Si, de acuerdo con el análisis clásico, su función social es subordinada, todos sus movimientos se disolverán en la impotencia, en la ineficacia, constituirán una pura llamarada sin sentido. Pero no es esto lo que piensa Edgar Morin.

—El papel de la «intelligentsia» es cada vez más importante. Incluyo en la convencional denominación a todos los sectores culturales. Y el de la juventud puede llegar a ser decisivo. Hablo de la juventud no domesticada, no encajada en el cuadro social, hoy mayoría. Habría, en consecuencia, que realizar un estudio a fondo para llegar a una nueva definición del concepto «juventud». Yo creo que la juventud es un valor, una categoría nueva. Y en la región del análisis previo a la acción habría que establecer combinaciones de tipo nuevo dentro del esquema de nuevas luchas de clases. ¿Qué significa la noción «estudiante»? No está definida. Entiendo que se puede encerrar en tres términos: la energía juvenil, la cultura crítica y la repulsión al origen social. Considerando con rigor el juego de esta triple determinación, me parece que puede llegarse a una definición.

—¿Puede establecerse que nos hallamos en vísperas de una crisis decisiva?

—Estamos ya en una crisis. No una crisis económica —el sistema dispone de muchos mecanismos de defensa hasta ahora eficaces—, sino una crisis de civilización. La sociedad se vacía de sus valores. De aquí el papel del intelectual, también, sin duda, importante. Un intelectual se define asimismo por su producción. Es un productor de ideas, un productor en el orden del saber. Con el desarrollo económico-social, estudiantes e intelectuales crecen numéricamente y las Universidades se constituyen en los centros de producción de un saber indispensable para la sociedad moderna, en la cual las fuerzas productivas se concentran en la técnica. Ya lo he dicho en otra parte: el intelectual emerge sobre un fondo cultural y bajo una forma político-social.

Edgar Morin, que ha sido públicamente considerado como un «escéptico prudente», se ha movido

en un mundo de problemas cuyo centro lo ocupa lo que se ha llamado «la cuestión de los intelectuales». Desde la dirección de la revista «Arguments» ha desarrollado, sobre esta problemática, una actividad de gran aliento. La «industria cultural», palabra de Adorno y de Horkheimer, ha recibido el planteamiento peculiar exigido por su dimensión francesa en innumerables ensayos e intervenciones de este sociólogo.

—La «industria cultural» occidental desarrolla actualmente una corriente media. Una cita de Musil la ilustra muy bien: «Usted no ha notado que nuestros periodistas se hacen cada vez mejores y nuestros poetas siempre peores». Se está sofocando la invención y cayendo en los «standards» más groseros. Ya he escrito alguna vez que un «rewriter» de «Paris Match» escribe mejor que Henri Bordeaux, pero no sabría ser André Breton. Hay una lucha entre el conformismo y la creación, entre lo establecido y lo nuevo. La estructura técnica de la sociedad actual es uno de los condicionantes del conformismo, lo mismo que la estructura burocrática.

Ahora, en Francia, y por resonancia en toda la cultura europea, los problemas sociológicos centrales provienen de la «revolución» estructuralista, lo mismo que los de las ciencias humanas en general. Foucault, parafraseando a Nietzsche, ha gritado «el hombre ha muerto», alzándose con extraordinario vigor contra el viejo humanismo, «fofo», según su extremado juicio. También Althusser, situado en otro territorio, ha atacado con radical virulencia la postura humanista de sus compañeros de ideología. ¿Qué piensa Edgar Morin sobre este punto?

—Pienso, por un lado, que es normal el surgimiento de una reacción contra ese humanismo que se expresa en la glorificación del hombre como rey de la Naturaleza, en el que se centralizan todos los valores. Responde esta reacción al juego pendular entre la sobrevaloración del sujeto (Descartes, por ejemplo) y la del objeto. Pero, por otro lado, me parece erróneo el intento de destrucción de la noción de hombre como realidad específica. Estos científicos desconocen que lo científico también persigue un objetivo humano.

Escéptico prudente, sociólogo sin obediencia, gran gustador de la vida, antiguo luchador político, hombre de «campus», feliz negador de la severidad. Este es el Edgar Morin que hemos conocido hace unos días en Madrid. ■ EDUARDO G. RICO.